



149

MAYO
2012

AFGHANISTAN, más allá de la OTAN y los tambores de guerra

Juan Garrigues, Investigador principal, CIDOB

Cuando los soldados soviéticos se retiraron de Afganistán en 1989, sorprendió a todos que el gobierno de Najibullah sobreviviera durante tres años sin ayuda soviética. La terrible guerra civil que vino a continuación allanó el camino para la llegada al poder de los talibán. La cumbre de la OTAN en Chicago se prepara para enviar un nuevo mensaje de optimismo con respecto al futuro de Afganistán, pero algunos observadores afganos e internacionales vislumbran la posibilidad de un escenario similar al de 1989. Incluso The Financial Times no dudó en titular su reciente editorial de 7 de mayo, en clara alusión a 1989, “Detener la caída hacia una repetición en Afganistán”.

Efectivamente se observan muchos aspectos que señalan la posibilidad de una nueva guerra civil. La fragmentación de los grupos políticos movidos por la corrupción, el rearme de grupos poderosos a través de las milicias locales, el posible regreso de los talibán y el influjo desestabilizador de algunos actores extranjeros (por ejemplo, aunque no exclusivamente, la agencia de servicio secreto de Pakistán, la ISI) han generado ya una enorme inestabilidad en el país. Sin la presencia de soldados extranjeros, todos estos factores combinados pueden convertirse en una receta catastrófica para la guerra civil.

Sin embargo, la tentación de utilizar escenarios pasados, incluyendo el de 1989, como base de análisis lleva a ignorar muchos de los cambios que se han producido en los últimos 10 años. Los tambores de guerra que se escuchan desde diferentes lugares deben analizarse con cautela. Los que hoy tienen poder ven con inquietud la convergencia de la retirada de los soldados extranjeros, las negociaciones con los talibán, y la celebración de elecciones en 2014 -o incluso el año que viene. La retórica en la política afgana se ha vuelto muy dura y las demandas se han convertido en maximalistas. En la más pura tradición afgana, se multiplican las teorías conspiratorias de todo signo e importantes promesas pronunciadas en tono sombrío están plagadas de lagunas.

Los llamados “anti talibán” lideran el grupo de los que hablan de una nueva guerra civil. Este grupo incluye a importantes líderes tayikos, uzbekos y hazaras que hasta hace poco eran parte de esa amplia base de apoyo político, étnicamente

diversa, que ha mantenido a Karzai en el poder. Unidos en torno a temas como la reforma de la ley electoral y la descentralización del poder, la principal preocupación de estos poderosos actores es evitar la vuelta de los talibán. Consideran que las negociaciones no son más que una táctica talibán para alcanzar el objetivo de restablecer un emirato islámico y exigen ser incluidos en las conversaciones. Cuando entrevisté recientemente en Kabul a Amrullah Saleh, ex jefe de inteligencia del gobierno y ahora uno de los líderes “anti talibán”, advirtió que si Estados Unidos y Karzai siguen dejándoles al margen, “somos potencialmente aún más peligrosos que los talibanes”.

Los actores regionales reconocen también la posibilidad de una guerra civil. Pero, a diferencia de Estados Unidos o Europa, que se precipitan desesperadamente hacia la salida (el último ejemplo ha sido Francia, donde Hollande se ha comprometido a retirar sus fuerzas de combate antes de final de año), para ellos la retirada no es una posibilidad. Su futuro está unido inexorablemente, de forma menor a mayor, al de Afganistán, que se encuentra en el centro de la región. Conscientes de que se pueden presentar escenarios muy diferentes, los actores regionales, desde Rusia hasta Irán, han adoptado estrategias preventivas manteniendo contactos de algún tipo con todos los posibles futuros líderes, incluyendo a elementos Talibán.

Pero estos actores regionales están también invirtiendo de forma significativa en el país, formando intereses creados que pueden prevenir conflictos en el futuro. Países tan diversos como Pakistán, Irán, China e India tienen lazos económicos con Afganistán, y, en el caso de los dos últimos, incluyen importantes contratos para desarrollar reservas minerales muy importantes de alta calidad. Y las relaciones económicas aumentan las relaciones humanas: tres vuelos al día unen Kabul y Delhi.

Tampoco debe ser ignorado el interés que los propios afganos tienen en que haya paz. En primer lugar, los poderosos actores afganos, incluidos los anti-talibán, que hoy dominan la política afgana. Aunque no quieren ver mermado su poder si se ven forzados a compartirlo con los talibán, es muy probable que un conflicto les fuera aún más perjudicial. Tras diez años conviviendo con todo tipo de actores afganos y extranjeros, hasta los señores de la guerra, cuyos intereses eran antes sobre todo locales, se han “institucionalizado” de alguna forma. Están por tanto bien situados para seguir beneficiándose de sus inversiones y de sus vínculos familiares en Kabul y en otros lugares. Mientras que Kabul siga siendo el premio en un conflicto afgano, es difícil imaginar un escenario similar al de la guerra de los años noventa cuando la capital fue destruida por señores de la guerra locales.

También es importante no olvidar los actores locales que se han beneficiado en los últimos diez años de la influencia de los fondos extranjeros. Gracias en gran parte a la contratación de servicios de seguridad y a los proyectos de reconstrucción, estos afganos emprendedores se han convertido en una nueva clase de élite a nivel local. Algunos de ellos preferirán llevarse el dinero que han ganado a Dubai o a Delhi, como está sucediendo ya, pero otros se quedarán en el país. Es difícil prever qué papel van a tener, pero no va a ser tan fácil sobornarles como antes.

En último lugar, tampoco debe ser menospreciada la importancia del papel de la inmensa población joven de Afganistán – el 67% de los afganos tiene menos de 25 años-. Como ocurre en el mundo árabe, esta mayoría silenciosa está cada vez en más interconectada entre sí y en contacto más estrecho con el resto del mundo a través, en este caso, más de los teléfonos móviles y la televisión que por Internet. Muchos de estos jóvenes viven en medios urbanos, y además, como consecuencia del conflicto, han residido en países cercanos como Irán o

Pakistán; esta circunstancia les ha dado una perspectiva completamente diferente a la que tenían en 1989 sus padres, quienes a menudo no habían salido nunca de su pueblo o su valle.

La Cumbre de la OTAN en Chicago intentará enviar un mensaje tranquilizador de compromiso a largo plazo con Afganistán, pero no podrá ocultar el nerviosismo subyacente. Como me dijo Martine van Bijlert, co-directora del Afghanistan Analysts Network: "Los extranjeros piensan que el hecho de que no supiéramos enderezar este país, debe significar que está destinado a desplomarse". Lo mejor que pueden hacer ahora Estados Unidos y Europa es definir claramente sus compromisos económicos y de seguridad en Afganistán lo antes posible. A partir de ahí, los países de la región y sobre todo los propios afganos se encontrarán en una mejor posición para enfrentarse de una forma más realista y sostenible a los retos que se les presentan.

La guerra civil seguirá siendo una posibilidad. Pero 1989 solo debería recordarse en estos momentos como una advertencia del peligro que puede suponer que la comunidad internacional abandone irresponsablemente a Afganistán. En un contexto nacional e internacional transformado, los escenarios que podrán surgir serán asimismo diferentes.